

LA IGLESIA EN EL SALVADOR

La Iglesia en El Salvador tiene una personalidad propia, que culminó en los tres últimos años, con la presencia al frente del Arzobispado de San Salvador de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, el obispo mártir. No toda la Iglesia de El Salvador participa del mismo modo en la línea de Medellín y Puebla, en la línea de la opción preferencial por los pobres y en la línea de la teología de la liberación. Pero sí puede decirse que miembros muy cualificados de ella, sobre todo por su significado y arrastre Monseñor Romero, así como muchas comunidades de base hacen de la Iglesia de El Salvador una de las más comprometidas del continente, reconocida como tal internacionalmente.

Ciertamente los Obispos actuales no están a la altura de esta Iglesia y, menos aún, de las necesidades actuales del pueblo salvadoreño en las últimas etapas de su lucha definitiva. Ni siquiera Monseñor Rivera y Damas, Obispo de Santiago de María y Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de San Salvador está completamente a la altura. Esto es más notorio después del egregio ejemplo de Monseñor Romero, mucho más evangélico que él. Pero de todos modos Monseñor Rivera representa una posición moderadamente avanzada de modo que no hace resistencia a los sectores más avanzados y comprometidos de la Iglesia. El resto de los Obispos es sencillamente inaceptable tanto por sus deficiencias psicológicas de toda índole como por sus deficiencias apostólicas. Sin embargo, su daño no es tan grande porque están al frente de diócesis y de recursos religiosos muy pequeñas y escasas; su credibilidad y su capacidad de arrastre son tan cortas que no pueden hacer mucho daño. Estuvieron de acuerdo con los Presidentes Molina y Romero y estuvieron todos ellos -excepto Monseñor Rivera- contra Monseñor Romero, al que trataron de hacer imposible su labor con denuncias tanto políticas como eclesiásticas. Se espera que pronto se nombren nuevos obispos, que no pueden ser peores que los actuales, aunque la actual dirección del Vaticano y del Nuncio de Costa Rica, encargado de la Nunciatura de El Salvador no permite esperar que esos nuevos obispos sean realmente avanzados y comprometidos.

El clero en su conjunto es mejor y más avanzado que el conjunto de los Obispos. Una parte pequeña de él puede estimarse como extremadamente politizada, aunque sin romper con la predicación del evangelio ni siquiera con la comunión jerárquica; son los que se han afiliado al Bloque Popular Revolucionario y que han hecho una meritoria labor en favor de las organizaciones populares. Su talento por lo general no es grande ni es buena su formación, pero su compromiso y su sacrificio son a veces notables y auténticos. Cuatro o cinco de ellos están hoy fuera del país en tareas políticas. Ninguno de los ocho sacerdotes asesinados en estos últimos tres años, con excepción tal vez del Padre Barrera puede decirse que pertenecieran a este grupo. Los sacerdotes asesinados, para no hablar de Monseñor Romero, pertenecían sí a una Iglesia comprometida, pero se señalaban más por la predicación de un evangelio concientizador y liberador que por dedicarse a la propagación de ideas políticas o a la organización de grupos populares.



que juntan un gran compromiso con el pueblo oprimido e incluso con la alternativa popular y un gran compromiso con el evangelio. Son sacerdotes que están en zonas rurales o en zonas populares; religiosas que han abandonado la acción en los colegios para dedicarse a la pastoral directa con las clases más pobres. Influídos políticamente por la alternativa popular han sido capaces de animar a muchos cristianos a que se organicen y se alistén con los movimientos populares. La Iglesia en El Salvador ha sido uno de los factores decisivos en el crecimiento y antes en el nacimiento de la alternativa popular. Entre los religiosos pueden situarse en esta línea a los jesuitas, que cuentan con buenos recursos humanos en el país y con obras de gran influjo y también a los pasionistas, menores en número, así como algún dominico suelto y algunos otros religiosos. Franciscanos, maristas, salesianos y claretianos son más bien retardatarios o, al menos, dejan mucho que desear en su compromiso con los más pobres. Entre las religiosas es quizá más homogéneo el panorama y puede hablarse de un gran número de distintas congregaciones que llevan una vida ejemplar tanto en su vida religiosa y pastoral como en su apoyo a todas las causas justas. En consecuencia son los sacerdotes más comprometidos, los jesuitas y las religiosas quienes son más acosados por el capitalismo y por los grupos paramilitares. Así han puesto más de diez bombas a la UCA, que aunque no es una Universidad católica, se supone que es de los jesuitas y que es uno de los centros más fuertes de apoyo teórico a la causa popular.

Hay también otro grupo amplio de sacerdotes más moderados, que se dedican a una pastoral más tradicional, aunque este grupo está también influenciado poderosamente por Medellín desde los tiempos del anterior Arzobispo de San Salvador Monseñor Chávez, que hizo una gran labor preparatoria. Este grupo, que bajo la dirección de Monseñor Romero parecía más avanzado, sin su liderazgo se ha vuelto un poco atrás. Aunque está más cerca de la alternativa popular no acaba de aceptarla del todo, pues le parece que esa alternativa puede estar demasiado inficionada por el marxismo y ser partidaria de la violencia. Este grupo podría avanzar o retrasarse según fuera la posición de Monseñor Rivera.

Finalmente hay también un grupo que podría considerarse derechizante, cuyo corazón está más con los ricos que con los pobres, que se refugian en la tradición y en el culto para no afrontar la realidad urgente del país.

No faltan vocaciones, que surgen más bien de los estratos populares. Pero por la presión de los Obispos y del Vaticano los formadores encargados de su preparación no están a la altura de las circunstancias. Los seminarios son cotos cerrados donde se impide positivamente la enseñanza y aun el contacto con los sacerdotes mejor preparados del país tanto en lo intelectual como en lo pastoral. Pero estos formadores difícilmente pueden resistir la presión de los propios seminaristas y de la realidad nacional que está exigiendo un compromiso cada vez mayor con la lucha del pueblo por su liberación.

En la gran masa del pueblo siguen por un lado las corrientes de la antigua religiosidad popular. Pero ya se están notando los cambios de una nueva forma de



evangelizar. No sacramentos sin evangelización previa, fortalecimiento de las comunidades de base, compromiso de los laicos en la evangelización a través de los delegados de la Palabra, etc., preocupación por la denuncia de la injusticia, favorecimiento de la organización popular, clara opción preferencial por los pobres. Toda esta nueva orientación no deja de causar problemas con la pastoral de las clases medias y sobre todo de las clases altas. No es raro que entre éstas y aun entre las clases populares que echan de menos el regusto de lo religioso y de lo sagrado se busque en las sectas protestantes lo que no encuentran tan fácilmente entre los católicos.

El gran problema de la Iglesia es en la actualidad cuál va a ser su postura ante el enfrentamiento cada vez más claro de la alternativa popular y de la alternativa del Gobierno, tras la que se escuda la alternativa de la derecha. De momento este es el problema crucial del país y el problema se ha envenenado de tal forma que no se ve como más probable una salida pacífica o poco violenta. Parece que una cosa tiene clara la Iglesia: la alternativa del Gobierno tal como se está dando con su tremenda dosis de represión -más de cinco mil víctimas en los primeros seis meses del año-, con su nula aceptación popular y con claros síntomas de descomposición, no puede ser la alternativa que favorezca la Iglesia. Pero tampoco ve claro la Iglesia actual que deba favorecer la alternativa popular, a pesar de que ésta se ha democratizado y racionalizado mucho. Pocas dudas caben que Monseñor Romero se hubiera puesto claramente en favor de la alternativa popular, aunque no se hubiera identificado completamente con ella y hubiera mantenido una cierta distancia crítica. Pero ni el Vaticano, ni la Nunciatura, ni Monseñor Rivera -y mucho menos el resto de los Obispos- están muy dispuestos a darles todo su apoyo. Tampoco se pondrán en contra. Más aún estará más a su favor que en favor de su contraria. Pero corre el peligro de ponerse en el terreno de nadie y, sobre todo, de no dar lo que podría dar, que si no es algo completamente decisivo, sí es algo indudablemente importante tanto dentro como fuera del país.

Dos cosas le impiden dar ese apoyo. Una es el presunto marxismo-leninismo que estaría en la base ideológica de las organizaciones populares, especialmente en las organizaciones político-militares. Les parece que si triunfara esta opción, padecería la predicación de la fe, sobre todo en las masas populares y padecerían las libertades y los derechos de la Iglesia católica. Continuamente aluden a los ejemplos de Europa Oriental, de Cuba y aun de Nicaragua, como si en Nicaragua fuera más difícil la verdadera predicación del evangelio de lo que es actualmente en El Salvador. La otra razón de su falta de apoyo es el fantasma de la violencia. Aunque Monseñor Romero dió en sus cartas pastorales y en sus homilías clara doctrina sobre la violencia y sobre el derecho a la insurrección popular, cuando llega la hora de la decisión todo son oscuridades. Se querría un tránsito pacífico, cuando es evidente que el capitalismo y sus mantenedores nunca van a permitir esta transición pacífica; se querría que por mera presión política y social cayera el actual régimen y se estableciera su contrario, cuando es evidente que sin el poder de las armas esto no va a acabar de resolverse. La Iglesia se preocupa con razón de lo gravísimo y dolorosísimo que puede resultar un enfrentamiento total entre las fuerzas populares y las fuerzas derechistas, pero no ve con claridad cual puede ser el mal menor en esta difícil coyuntura.



Sabe de los males de la violencia, pero no sabe cómo superar realmente y a corto plazo la tremenda violencia que ya se da en el país y que se abate sobre todo contra las clases populares.

A más larga distancia la Iglesia tiene el problema de cómo hacer realmente presente el evangelio entre tanto pueblo desatendido. Es claro que las circunstancias le han obligado a tomar un liderazgo social y político con algún detrimento de su misión evangelizadora. Esto no ha sido malo. No sólo porque era necesario sino porque era una exigencia de la misma fe e identidad cristiana y ha supuesto la siembra y la credibilidad incipiente de una nueva evangelización. Si el triunfo es de la alternativa popular, se puede presumir que su tarea sea más fácil, porque el compromiso justiciero y popular del nuevo régimen le permitiría usar sus fuerzas en una dirección complementaria. Si el triunfo es de la alternativa derechista, el futuro de la Iglesia será de nuevo martirial, como lo está siendo en estos últimos tres años. La alternativa derechista no permitiría a la Iglesia cumplir con su misión y tacharía de subversión cualquier acción seria de la Iglesia para reestablecer la conciencia y la organización popular.

Como quiera que sea, no puede hablarse de una Iglesia muerta en El Salvador sino, al contrario, de una Iglesia llena de vitalidad y de recursos con un gran peso específico en el conjunto de la nación. Es claro que aun hoy día ambas alternativas, la gubernamental y la popular se acercan a la Iglesia para pedir de ella su apoyo. El Arzobispado con la Radio YSAX y el semanario Orientación, el Socorro Jurídico, la Confederación de Religiosos, la Federación de los Colegios Católicos, la Universidad José Simeón Cañas con sus publicaciones y sus revistas, las comunidades de base, la multitud de cristianos dentro de las organizaciones populares... todos estos factores, junto con algunas personalidades religiosas son demasiada fuerza en este pequeño país para no querer contar con ella, sea para destruirla o neutralizarla sea para utilizarla. No puede olvidarse tampoco que en El Salvador está uno de los focos productivos de la teología de la liberación, que influye mucho dentro del país. Una Iglesia que ha sido fuertemente perseguida pero que ha salido robustecida de la persecución; una Iglesia que ha demostrado una gran valentía y que ya puede presentar un largo martirologio de un Obispo, ocho sacerdotes, decenas de catequistas y centenas de creyentes.

San Salvador, Septiembre de 1980.-

